

electores de Venecia, y otros tantos eclesiásticos franceses. Fueron propuestos Enrique Dandolo, el marques de Montferrato y Balduino, conde de Flándes, defensor de los débiles y pobres. Dandolo no quiso dejar de ser jefe de aquella gloriosa conquista; y los suyos por la rivalidad que tenían contra un príncipe vecino, favorecieron á Balduino, que al fin fué proclamado. Fiestas á la occidental y cánticos latinos en las iglesias celebraron la ocupacion del trono por el nuevo emperador; el legado pontificio le vistió la púrpura, y segun se acostumbra, le presentó un vaso lleno de huesos y polvo, y prendió fuego á un poco de algodón para recordarle cuán presto pasan las glorias de este mundo.

Esta conquista, que ya habia sido deseada por los primeros Cruzados, era un triunfo para el papa, aunque conseguido contra su voluntad. Balduino tomó el título de caballero de la Santa Sede; escribió á Inocencio III diciendo que habia sometido una nueva nacion al pontificado, y le invitó á que fuese á gozar de esta victoria. El marques de Montferrato se manifestó dispuesto á seguir las indicaciones del papa, sujetándose segun ellas á regresar á su patria, ó á morir en aquel país. Hasta el mismo dux de Venecia inclinó su frente y excusó su inobediencia, alegando que Constantinopla era un punto de escala, necesario para conservar la ciudad de Jerusalem, é imploró la absolucion. Inocencio, considerando no tanto las ventajas de la Santa Sede como la justicia, les reprendió por haber preferido las glorias terrenales á las celestes; les mandó que pidiesen perdon á Dios de los desmanes militares y de la profanacion de las cosas sagradas, y que para merecerlo, cumpliesen su voto de libertar la Tierra Santa del yugo de los infieles. Confiado en que así lo harian, bendijo de nuevo á los que habian sido comprendidos en el entredicho; se congratuló con los obispos por el castigo que habian sufrido los obstinados Griegos, y les invitó á participar de nuevas glorias y fatigas.

Segun lo pactado, correspondió á Balduino una cuarta parte de todas las posesiones del imperio griego, esto es, los dos palacios de Blacherne y de Bucaleon con la Tracia; á Venecia tres de los ocho barrios de la ciudad, y tres octavas partes del imperio, á saber: la mayor parte del Peloponeso, las islas y costa oriental del Adriático, las de la Propóntide y Ponto-Euxino, las riberas del Ebro y del Varda, las tierras marítimas de la Tesalia, y las ciudades de Cipsédes, Didimótica y Andrinópolis. Á los Franceses tocaron la Bitinia, la Tracia, la Tesalónica, la Grecia desde las Termópilas hasta el Sunnio, y las mayores islas del Archipiélago; Candía y los países situados mas allá del Bósforo fueron adjudicados al marques de Montferrato. Tan rápidas é inesperadas conquistas exaltaron las fantasías, de tal suerte que ya los barones se creaban reinos y ducados sobre las riberas del Oróntes y el Eufrates,

miéntras otros invertian el botín que les habia tocado en comprar feudos en el imperio recién conquistado, y todavía no bien sometido. Hasta las iglesias se repartieron entre Venecianos y Franceses, y Tomas Morosini fué nombrado patriaca. Esplendidísima fué esta victoria, pero muy poco segura.

Á la noticia de tales triunfos y del inmenso botín que produjeron, se apresuraron á volver los que habian ido á Palestina. Los Templarios y los Hospitalarios acudieron á este país donde las conquistas eran fáciles y lucrativas; de modo que por todas partes se formaban nuevos Estados segun la voluntad de cada uno, y sin mas derecho que el de aquellos tiempos, la espada. De esta suerte los Latinos sometieron todas las riberas de la Propóntide y del Bósforo, hasta la antigua Eólide, y desde el Helesponto al Ida; invadieron la Grecia por las Termópilas entónces indefensas; el Ática y el Peloponeso esperaban su salvacion de estos nuevos héroes; Argos, Corinto, Tébas, Aténas, la Acaya, Esparta, tuvieron príncipes cristianos: Luis, conde de Blois, fué creado duque de Nicea ó Bitinia, que entónces poseía Teodoro Láscaris; y Guillermo de Champlitte, bastardo de Champana, fundó el principado de Acaya, del que dependian como feudos los ducados de Tébas y Aténas, conquistados por el Borgoñon Oton de la Roche. Despues Champlitte fué desposeido de estos Estados por Godofredo de Villehardouin, á quien los Venecianos reconocieron como príncipe de toda la Morea, reservándose Modon y Coron; Aténas y Tébas pasaron á la casa de Brienne. Jáime de Avésnes, señor de Hainaul, obtuvo el Negroponto; Raniero de Trith se hizo duque de Filipópolis, y el conde de Saint-Pol príncipe de Demótica.

Al caer el imperio, pareció que resucitaban la vida y la actividad de los Griegos, varios de los cuales establecieron nuevos reinos. El de Nicea fundado por Teodoro Láscaris, comprendia la Bitinia, la Lidia y la Frigia.

En el imperio griego se introdujeron las Asisas de Jerusalem, así como las leyes de los Latinos y Franceses, y se gobernaban aquellos países á modo de feudos de Europa. Así los Venecianos, por ejemplo, se titularon señores de tres octavas partes del imperio griego, y Venecia abandonó la mayor parte de aquellas conquistas á sus nobles, bajo condicion de homenaje feudal (1). En todos estos países se prestaba juramento de fidelidad, se pagaban impuestos, y se daban subsidios de guerra. Solo

(1) Los Sanutos fundaron el ducado de la isla de Náxos, que comprendia las de Páros, Mélos y Santorin; los Navajeros tuvieron el gran ducado de Lémnos; los Michiel el principado de Ceo; los Dandolos el de Andros; los Ghisi el de Teonon; y otros los señorios de Metelin y Lésbos, de Focea, de Enos, los condados de Zante, Corfú, Cefalonia, y el ducado de Durazzo. Despues los Viari fundaron el de Galipoli en el Quersoneso Tracio. Tambien se concedieron feudos á algunos extranjeros, como á Miguel Commeno el país situado entre Durazzo y Lepanto; á Robano delle Carceri el Negroponto; y á Teodoro Brana Andrinópolis.

se podia negociar con los Venecianos, y cualquiera de estos que allí se establecia quedaba independiente y con gobierno propio. De este modo la metrópoli, libre de cuidados, podia conservar fácilmente su dominacion con las escuadras que constantemente tenia en el mar.

Candía únicamente era demasiado grande para concederla á uno solo. En su consecuencia, se introdujo allí una colonia, y se constituyeron noventa caballeratos, de los cuales setenta y cinco se distribuyeron entre otros tantos caballeros. Estos edificaron la ciudad de Canea, circuida de fosos y murallas, obligando á trabajar á los campesinos en proporcion de uno por cada caballerato. La jurisdiccion de la ciudad y su distrito pertenecia al capitan y consejero de la república, elegido en Venecia. Correspondian al comun veneto el barrio de los Hebreos, el puerto, el arsenal y las puertas. Cada caballero estaba obligado á llevar de Venecia á Candía, y mantener en esta isla, dos caballos para su servicio, uno del valor á lo ménos de ochenta libras venecianas, y otro de cincuenta, ambos de la edad de tres años; y despues de mes y medio de tenerlos, comprar otro del valor de veinticinco libras. Ademas, cada uno tenia un mesnadero con su caballo cubierto de hierro, y tres escuderos con coraza y demas armas de caballería; dos ballestas de cuerno, con dos hombres que al ménos supieran dispararlas; ambos debian ser Latinos y de edad de veinte á cuarenta años. Cada caballero debia tener completa armadura con su caballo cubierto de hierro. Los mesnaderos, á quienes se les concedia medio caballerato, debian llevar de Venecia un caballo, cuyo precio fuese al ménos de cincuenta libras, y dos escuderos, debiendo proporcionarse otro caballo de veinticinco libras al mes y medio de estar en Candía. Todos debian estar bien armados. Cada caballero disfrutaba el sueldo de setecientas libras. Los caballeratos no podian empeñarse ni embargarse por deudas, y su sueldo debia invertirse en las compras de aquellas tierras, sin que pudiesen darle otro destino hasta adquirir las todas. Ademas, debian prestar sus auxilios de todas clases á los gobernadores de la isla que pertenecian al comun de Venecia (1). Se respetaba á los nobles del país, dándoles participacion en el gobierno. Este respeto se extendió hasta una antigua colonia de Sarracenos. El consejo mayor, compuesto de indígenas, elegia los magistrados, excepto el gobernador y sus dos consejeros.

Pero esta conquista, hecha sin cordura, agotaba las fuentes de la prosperidad, hasta el extremo de faltar los medios de subsistencia. El sistema feudad impedia todo acuerdo en la guerra y el buen orden en la paz. La mitad de algunas ciudades eran gobernadas con leyes

1) *Decretum Venetum* ap. CANGIANI, V. 124. — BUCHON, *Recherches historiques, généalogiques et numismatiques sur la principauté française de la Morée.*

feudales, y la otra mitad con las venecianas ó eclesiásticas; en fin, la dulzura del clima no tardó en enervar los soldados, y el desprecio recíproco impidió que se amalgamasen vencedores y vencidos. Joanice ó Joancio, rey de los Búlgaros, que miraba á los Cruzados como hermanos, solicitó su amistad; pero el emperador le trató de rebelde, y le mandó que viniese á postrarse ante su trono. Disimuló Joancio su enojo, y esperó ocasion de aprovecharse del descontento de los Griegos, los cuales, indignados contra sus conquistadores, no tardaron en acudir á él para que les ayudase en su venganza. Repentinamente principió el asesinato de los Latinos dispersos, y á sus abatidas banderas se substituyeron las de los Búlgaros. Balduino reunió sus fuerzas, se preparó á la defensa, y atacó á Andrinópolis, ciudad bien fortificada. Joancio salió contra él, y frente á la Cruz de los Latinos ondeaba el estandarte de San Pedro que el pontífice le habia dado, guiando turbas de Comanos, gente ferocísima que bebía sangre, y sacrificaba los Cristianos sobre sus altares. Tambien se veían los salteradores tártaros que combatian huyendo. Los Francos fueron vencidos; los mas valientes perecieron; Balduino quedó prisionero de los Búlgaros y veinte mil Armeños que habian tomado partido con los Cruzados, fueron víctimas de las espadas enemigas. Los Griegos se alegraban al ver á sus vencedores rechazados por todas partes; pero el feroz Búlgaro lo mismo destruía á sus amigos que á sus enemigos, de modo que muy pronto los Griegos pidieron socorro á los Latinos; algunas ciudades se rebelaron, las campiñas estaban desoladas, y Joancio hizo estrecha alianza con Láscaris, que era enemigo irreconciliable de los Cruzados.

Despues se divulgó la noticia de que Balduino habia perecido; pero nadie sabía de qué modo. Trascorridos veinte años se presentó un anciano á su hija Juana, condesa de Flándes, diciéndola que era su padre. Ella no le reconoció, el pueblo sí, y de este modo la hija se vió obligada á refugiarse al lado de Luis VIII, quien la volvió á su reino acompañada de un fuerte ejército; pero como el anciano no pudiese responder á ciertas preguntas que ella le hizo, le trató de impostor y le condenó á muerte. El pueblo la llenó de maldiciones por parricida.

Tambien murió Enrique Dandolo despues de haber visto la rápida decadencia del imperio. Enrique d'Hainault sucedió á su hermano Balduino entre tantos desastres, y teniendo que sostener una doble guerra con los Griegos de Asia y los Búlgaros de Europa.

La Cruzada que acabamos de describir, proyectada no ya por entusiasmo, sino por espíritu caballeresco y por deseos de conquista y de botín, no tuvo los milagros con que fueron señaladas las otras. Para llevarla á cabo, se obedeció mas bien á los jefes que al pontífice y á sus legados. El nombre de Jerusalem estaba en los labios de todos, pero no daban un paso para li-

bertarla. Sabían que el papa les había fulminado el entredicho, y sin embargo continuaban en su empresa, tratando de demostrar á los Bárbaros que no eran inexpugnables los muros de Bizancio, barrera que se les había opuesto hasta entónces. Solo Venecia, mas culta que las otras, se aprovechó de los frutos de esta conquista, ya trayendo obras maestras del arte, ya porque no siendo regida feudalmente, sometió al público las conquistas de cada uno, aumentó su crédito, y conserjó los países que interesaban á su comercio. Á cualquier ciudadano permitía conquistar las islas del Archipiélago y poseerlas como vasallos de la república.

Los reinos de Palestina, despues de los horrores del hambre, de la peste y de los terremotos, estaban en continuo temor por las correrías ó los puñales de los asesinos. Muerto Amalrico II, rey titular de Jerusalem, heredó sus derechos una niña hija de Isabel y de Conrado, marques de Tiro; y para poder ocupar el trono con los socorros que se le proporcionasen de Occidente, trataron de buscarla un esposo en Europa. Felipe Augusto propuso á Juan de Brienne, que educado entre una familia guerrera no se había podido acostumbrar al claustro, de donde saldría para cubrirse de gloria. Con alegría aceptó este las fatigas mas bien que los honores de rey de Jerusalem, y prometió ir allá con un ejército. Animados con esta noticia los Cristianos de Palestina, no quisieron renovar la tregua que les había propuesto Malek-Adel; pero Brienne no pudo reunir mas de trescientos caballeros, y hasta las fiestas de su coronacion en Tolemáida no estuvieron seguras de las correrías de Malek-Adel. En vano Brienne mostró su valor: desprovisto de medios, reducido solo á Tolemáida, solicitaba socorros de Europa, y el papa Inocencio III los procuraba por medio de la predicacion; pero sin fruto, porque otros muchos intereses ocupaban el Occidente.

Niños  
cru-  
zados.

Extinguido el ardor en los hombres, parecia avivarse en los niños. Una turba de cincuenta mil se hizo cruzar en Francia y Alemania, gritando: *Jesus, Jesus, volvednos vuestra Cruz*. Se había pronosticado á estos infelices que habría tal sequía que llegaría á agotarse el mar, y ninguna autoridad los contenía. Atravesaron los Alpes, y á quien les preguntaba dónde iban, le respondían: *Á libertar el sepulcro del Salvador*; pero allí sucumbieron muchos por las fatigas del camino, y treinta mil que pasaron por Marsella, fueron cogidos por los mercaderes de esclavos que los vendieron en África.

Cuando Inocencio supo este desastre, exclamó: « Aquellos niños son un cargo para nosotros, que dormíamos, mientras ellos corrian » á Tierra Santa. » Para despertar, pues, á la Europa, no omitió medio alguno el santo padre. Escribió al sultan del Cáiro, invitándole á ceder á los fieles la Ciudad Santa, ya que era llegado el dia en que aplacada la ira de Dios, la devolvería á quienes por sus pecados la había quitado. Recorrieron toda la Europa legados y obispos, y

especialmente el cardenal de Courzon, que daba la Cruz á cuantos se la pedían, niños, ancianos, tullidos y ciegos. Le secundó Jacobo de Vitry, quien por su sabiduría fué propuesto obispo por los fieles de Tolemáida. En Francia, Felipe Augusto destinó á este objeto la cuadragésima parte de sus rentas alodiales; el Inglés Juan Sin Tierra adornó sus hombros con la Cruz, aunque sin intencion de ir á la expedicion; otro tanto hizo Federico II. En el concilio general XII (Lateranense IV) el papa empleó la lógica y la elocuencia con los prelados y señores que allí habían ido de todo el mundo; pero había que tratar cosas de mayor urgencia. Sin embargo, se mandó que se pusiesen cepillos en todas las iglesias para recibir las limosnas; que el clero contribuyese con la vigésima parte de sus rentas; el papa y los cardenales con la décima; que se hiciese paz por cuatro años entre los príncipes; y se excomulgaron á los corsarios que molestaban á los peregrinos en su tránsito. El papa además suministraba tres mil marcos de plata, muchas naves de transporte; los predicadores prohibieron los bailes, torneos, juegos públicos, y exhortaban en las plazas y en los regios alcázares á tomar las armas. Parecía que se reanimaba el devoto fervor; reaparecían los milagros; los trovadores cesaban de cantar sus amores, para entonar el grito de guerra, y todos se preparaban á seguir á Inocencio que había prometido guiar la Cruzada en persona; pero mientras los preparativos murieron, y con él concluyó esta empresa.

XII  
concilio  
ecumé-  
nico.  
1215.

#### CAPÍTULO IV

Quinta y sexta Cruzada, 1218-20.

El sucesor de Inocencio fué Honorio III. Al dia siguiente de su exaltacion al solio pontificio escribió á los Cristianos de Siria que continuaría la obra de su antecesor. Entretanto exhortaba á los obispos á predicar la guerra santa y á los príncipes á ponerse en paz para poderla llevar á cabo. Pero Francia é Inglaterra continuaban sus enemistades; Federico II solo sabía prometer y faltar, á pesar de que los señores y obispos alemanes se manifestaban favorables á la expedicion. Entre todos se distinguió Andres I de Hungría, que habiendo jurado á su moribundo padre cumplir el voto que este había hecho, adornó sus hombros con la cruz, y sin que le detuviese la agitacion en que se hallaba su reino por las disensiones de su mujer Gertrúdis, se resolvió á hacer el viaje é hizo predicar la Cruzada en los países recién convertidos, de donde acudieron hombres fervorosos á militar bajo sus banderas. Salió, pues, con los duques de Baviera y Austria y muchos señores y obispos alemanes y llegó á Spalatro, donde las naves de Venecia, Zara y Ancona los trasportaron á Chipre. Allí se reunieron á los Cruzados que habían venido de Brindis, Génova y Marsella, y

1216.

Hono-  
rio  
III.

1217.

unidos á Lusignan, rey de la isla, pasaron á Tolemáida.

Al llegar este fuerte ejército se regocijaron los Cristianos y se aterraron los musulmanes; pero pronto la escasez de víveres obligó á los Cruzados á merodear. Guiados por los reyes de Jerusalem, de Chipre y de Hungría, pasaron por los territorios de los Cristianos, atravesaron, con la Cruz elevada y cantando, toda la Palestina hasta el Jordan, despues las llanuras de Jericó y las riberas de Genezaret, cogiendo prisioneros y despojos, sin dar ninguna batalla.

Renunciando Malek-Adel un reino adquirido á costa de tantos delitos, cedió el Cáiro á su primogénito Melik-Kamel (*Meledino*); Damasco á Cherif-Eddyn (*Coradino*); Balbek, Bosra y otros principados á sus demas hijos; reservándose únicamente la autoridad necesaria para ser considerado como el sosten del islamismo en aquellos países. Adivinó que la concordia de los Cristianos no sería duradera, y prohibió molestarlos; pero hizo que los musulmanes se fortificasen cerca del Monte Tabor. Á pesar de las dificultades que se les oponían, los Cristianos vinieron á atacarlos en este sitio, poseídos de un gran valor y animados por el patriarca y por los recuerdos de aquel santo monte; pero pronto volvieron derrotados á causa de sus rivalidades y turbulencias.

Entónces estallaron las malas pasiones; el patriarca no quiso volver á llevar á campaña el sagrado madero de la Cruz; los unos imputaban á los otros la causa de sus desavenencias, y al fin se dividieron en cuatro cuerpos para operar separadamente y buscar víveres. Pero el rey de Chipre murió, el de Hungría recibió tan tristes noticias de sus país que tuvo que abandonar la Palestina, á pesar de la excomunion del patriarca, y sin haber obtenido otra cosa sino innumerables reliquias, á las cuales se atribuyó el haber calmado las sediciones de su patria.

Nuevos Cruzados llegaron entretanto de la Frisia y del Rhin, los cuales, despues de haber ayudado á los Españoles en Portugal, y haberse unido á otros en Holanda, Francia é Italia, llevaban en su corazon el valor que infunden las victorias, y la fe en los milagros que habían acompañado á su expedicion. Animados por estos, Leopoldo de Austria, Oton de Merania y otros señores y prelados alemanes que se habían quedado en Palestina, resolvieron invadir el Egipto y desembarcaron cerca de Damietta. La fertilidad de aquel país confortaba á los Cruzados, recompensándoles los quebrantos de sus pasadas guerras, y Malek-Adel antes de espirar llegó á oír que ya no existía el baluarte de Egipto. Melik-Kamel propuso á los Cristianos restituirles la ciudad de Jerusalem; pero el cardenal Pelagio, legado apostólico, que tenía plena autoridad sobre los Cruzados y quería ejercerla, no permitió que lo admitiesen. Los príncipes musulmanes comprediendo su peligro se reunieron, formaron sus ejércitos, construyeron fortificaciones y desmantelaron á Jerusalem y to-

dos los castillos de las costas de Siria, mientras que las enfermedades contagiosas azotaban al ejército cruzado. Muchos se volvieron á su patria; las pretensiones de Pelagio eran un germen de discordias: los naturales embarazaban las marchas é inquietaban los campamentos, haciendo desbordar las aguas del Nilo, mientras que la actitud amenazadora de los Tártaros impedía por otra parte concentrar todas las fuerzas en este país.

Los Cristianos solo encontraron en Damietta inmensas riquezas y cadáveres pestilentes, así es que cargados de tesoros, diezmados por la muerte, divididos por las cuestiones que surgían entre Pelagio y Juan de Brienne, siempre empeoraban su estado, sin que bastasen á mejorarle los continuos socorros que recibían de los príncipes de Europa, y principalmente del pontífice. Pelagio mandó que el ejército se dirigiese hácia el Cáiro, á despecho del rey y de los demas que conocían el país, y el arte de la guerra, y torpes derrotas vinieron á demostrar la razón que aquellos tenían. Al fin, obligados por el hambre, tuvieron que firmar una paz de ocho años con los musulmanes, quedando en rehenes hasta que Damietta fuese restituida, el rey, el legado, Luis, duque de Baviera, y muchos obispos.

El rey, que se hallaba sentado enfrente del sultan prorumpió repentinamente en un amargo llanto, y preguntándole el sultan la causa de su pesar: « Tengo motivos para ello, respondió, al ver que el pueblo que Dios confió á mi cuidado » perece de hambre en medio de las aguas. » El sultan se afectó y tambien lloró. Despues mandó que por cuatro dias consecutivos se distribuyesen treinta mil panes entre los pobres y los ancianos (1). Se retiraron, al fin, despues de graves padecimientos, sin ningun fruto.

Los de Palestina se quejaban del cardenal Pelagio, y el papa Honorio todo la atribuía á la tardanza del emperador Federico II, quien renovó entónces su promesa de cruzarse. Para activar una nueva expedicion, vinieron á Italia el gran maestre de la orden de los Templarios, y el de los Hospitalarios y el de los Teutónicos, el patriarca de Jerusalem y el mismo rey. Federico II, á quien estos vieron en Verona, no solo se manifestó propicio, sino que casándose con Yolanda, hija de Juan de Brienne, se obligó á defender, como cosa propia, el reino de Jerusalem que ella debía heredar. Juan de Brienne recorrió los otros Estados de Europa, buscando socorros, y entretanto Federico aparejaba naves en Sicilia, repetía sus promesas, exhortaba al papa que utilizase toda su influencia para consolidar la paz, y enviaba á los príncipes, caballeros de las tres órdenes. En la Palestina, mas desolada que nunca, esperaban á Federico, como en otro tiempo los Santos Padres esperaron al Mesias, salvador del mundo, y hasta la reina de Georgia escribía al pontífice que sus belicosos pueblos deseaban con entusiasmo reunirse

(1) Contin. de GUILLERMO de Tiro.

1219.  
3 de  
nov.

1221.